«Razón de ser», de José Luis Tejada

Abrimos este libro de José Luis Tejada.* ¿Cuál es la postura humana del poeta, su posición frente a la vida? «No hay solución. A solas ni con nadie». «Somos cosa perdida». «Vivir es darse restregones sangrientos contra el quicio del corazón más prójimo». La incomprensión ciega a los seres: «cada uno con su tema», «no existen los demás», «todos estamos islas imposibles girando en el vacío», «el mundo es un cráneo donde retumba nuestra propia voz», «amar es más difícil que parece; ser amado, imposible». Pero, sin embargo, si seguimos leyendo: «Sinceramente yo no me sé hallar solo», «me consumo sin nadie», «sólo respiro alientos prójimos», «no hay más razón que amor ni más salida», «quien se niega a la entrega se suicida», «estás en los demás aunque no quieras y los demás en ti», «nadie se eche a nadar por propia cuenta»; «nos perderemos si no aprendemos a salvarnos juntos». Esta antinomia tiene su síntesis: «es así de costoso el fruto último», nos dice el poeta, y afirma junto a la amada: «es bueno y natural que tú y yo ahora, amiga de mis ojos y mis manos, nos empapemos hasta los meollos de los huesos», porque: «la carne mutua es verdadera». Y concluye: «encaja en tus pechos mi corazón antiguo, que aún sobra espacio entre nosotros, acóplame a tus vanos

---

* Colección poética «Leopoldo Panero». – Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1967.

como un viento calino, y agáchate que va a pasar la muerte, no nos llegue a rozar».

Esta poesía resuelve, pues, la angustia existencial que presenta antitética: soledad del hombre, incomunicación, de una parte, y de otra: ansia de amor y de solidaridad, y la resuelve en la síntesis de un extraordinario poema: «Consolación por la carne», para mí el mejor del libro y uno de los mejores de tema amoroso de la poesía española actual. El amor carnalmente expresado, unión de hombre y mujer, la secular pareja abrazada frente a la eternidad, frente al misterio, frente a lo desconocido, creando por encima del odio y de la muerte, es una constatación de la realidad, una superación de la angustia de la existencia. Es una comprensión antikierkegaardiana y antiplatónica y, naturalmente, supera el viejo terror con que una tradicional educación religiosa ha venido rodeando el amor sexual.

En esa síntesis superadora de la angustia por el amor, está, según creo, la *razón de ser*, el libro de J.L.T., y en ella se resume la trascendencia de los poemas, al menos en sus tres quintas partes. Se añaden un «Breviario de urgencia» y unos pocos poemas más, muestra de anterior producción.

Hay unos toques religiosos que, cuando menos, revelan una aguda crisis del creyente. El hombre está mal hecho por un Dios que lo deja sin completar, y sería necesario otro Dios que «creara menos hombres, pero listos para comer su propia vida». La ironía que apunta en algunos momentos del poeta, le lleva aquí

a algo que entendemos crítica de la amanerada piedad del «cordicocolismo» que organizó La Colombière, tomando estado oficial el siglo pasado. Por otra parte, la «Oración por los condenados» es una versión poética de cierta postura que, teológicamente hablando, defiende el perdón universal. Como dice Giovanni Papini en su libro *El diablo*, siglos atrás se aceptaba la idea de una llama devoradora —ya la inquisición, ya el infierno—, pero, desde hace algún tiempo, muchos católicos desaprueban las matanzas de herejes y creen también en una más amplia misericordia para las «penas eternas». «Hay que invertir —añade Papini— la creencia del cruel calvinismo del quinientos: el infierno vacío y el paraíso colmado». La libertad de conciencia reconocida en el Concilio último, parece dar la razón, al menos en la primera parte, a Papini y a los creyentes entre cuya doctrina de esperanza pienso que puede situarse el talante religioso que inspira estas «Oraciones» de J. L. T., en las que, además de pedir por «Los condenados», pide por los que sufren en la noche (amplia noche que puede ser, en la ambigüedad de la expresión poética empleada, el dolor, la amargura, la frustración, la injusticia...) y también por los «Españoles sin España», en un poema con acento más cívico que propiamente religioso; por los exiliados que «volverán (le dice el poeta a España) cuando tú / desmorones las tristes barricadas / que les vedan tu voz».

J. L. T. es un poeta extraordinariamente dotado para el poema barroco y, a la vez, de finísima gracia retórica.

Domina una técnica rica en imágenes con la que puede decir graves cosas alacremente. Una técnica intuitiva, que está por encima del oficio, como la sabiduría antigua del andaluz está por encima de la instrucción. Nacido en el Puerto de Santa María –«el puerto de Rafael», en verso de Gerardo Diego– uno piensa que es cosa de la tierra, ya que el recuerdo de Alberti resulta inevitable.

Culto y popular, J. L. T. mezcla en sus poemas expresiones tan andaluzas como cuando dice de los exiliados que «arriman más la silla a la candela», o cuando, coloquialmente, hablando a Dios intercala un «¿estamos?» o un «ya digo», y al mismo tiempo cultismos o voces poco usadas, cuales son diuturno, noctiluca, conticinio, alampar, o bien neologismos tales cerraduras, selvago, bobalondra.

Ni la ironía le falta, con su deje amargo, para insertarse en la línea gongorino-albertiana, aunque también, a veces, haya seguido a Lope. Pero cabe quitarle engolamiento a la retórica –como su gran paisano–, quizá porque la baja Andalucía es más de brisa y de sal que de *sol-edades* de tierra adentro. Por eso, junto a un endecasílabo tan de patrón cordobés como «el belfo aún de marfil no guarnecido», gusta añadir una familiar explicación: «he querido decir con ningún diente». Por el contrario, no se siente en la necesidad de aclarar: «este misterio de los medios pechos / perfectamente inacabados, huecos, / amueblados de púas todo en torno», o bien: «Canarios hay que mueren de su pena, / niñas

que rasgan sin por qué sus faldas / campanas convulsivas...», porque en esos versos —que doy a título de simple muestra— se ha aderezado una retórica propia, que le expresa fielmente, con un desparpajo muy de la poesía actual.

Razón de ser es un libro complejo, rico de temática y de expresión, andaluz y personalísimo. Con él se afianza un poeta hasta hoy casi inédito.

L. de L.